

Yo conozco tus obras...

De devociones absurdas y santos amargados,
líbranos, Señor.

Teresa de Jesús

La ciudad no le parecía la misma a Catalina. Era aún peor que antes de su marcha. Desde el regreso la comparaba con lo que anteriormente había conocido y no lograba ver más que decadencia sobrevenida a mayor gloria de cuatro nuevos ricos a los que observaba con recelo. No lograba sentirse bien. Ni alma ni cuerpo respondían a su mandato. No era tristeza ni hastío. Enfermedad, lo ignoraba, pero algo envolvía su cuerpo y atenazaba su alegría. Cuando pensaba en esto, volvía a pensar que era absurdo el pensamiento: no tenía motivo alguno para estar alegre. Preocuparse por las desgracias ajenas, por las terribles cosas que sucedían en el mundo no era un consuelo.

Caminaba a su lado Macarena. Indiferente a casi todo, salvo a su móvil. La hija se parecía en exceso al padre y volvió a pensar que nadie le mandaba hacerlo, pensar.

—No me encuentro bien, no sé qué tengo, hija, pero no estoy bien.

—La edad no perdona, Catalina...

Catalina miró a la cosa que era su hija, «cosa» era una definición benévola. Como Altapuerca, estaba claro. La genética. Y como su madre. Sus contestaciones eran del tipo de las del padre y la abuela. No reparó la señora de Altapuerca en las que ella daba, en sus respuestas. Eso ninguno lo hacemos habitualmente y menos Catalina. Hizo como que no había escuchado la memez de su hija y siguió parloteando. En ocasiones, Catalina, parecía una mujer corriente y hasta humana.

—No es la edad, Macarena. Siento cómo me hincha la cabeza, se me hincha, esa sensación tengo. Y me sobresaltan cosas que antes no lo hacían, hasta los pájaros cuando camino por el parque.

—Catalina, te recuerdo que ese sobresalto lo padecí contigo: ¡estorninos! Bandadas de estorninos que están allí desde hace diez días. Te reíste mucho cuando cagaron encima de papá —Luis era papá— y por poco te haces pis, dicho finamente, cuando el águila esa mecánica que los espanta persiguió a la abuela y la pobre quedó sentada en un banco, medio despatarrada. No veo yo la enfermedad por ninguna parte. Aquello fue como la peli *Los pájaros*, así que normal todo lo que dices, la escena asusta a cualquiera, Catalina. ¡Qué vas a tener! ¡La edad!

Se abstuvo Catalina de hacer más comentarios, pero pensó —terrorífica y peligrosa costumbre— que a Macarena no le vendría mal una patada en el culo de cuando en cuando para hacerla más humana y más normal. Y dijese lo que dijese su hija, ella bien no estaba. No quiso discutir, no merecía la pena.

—Dentro de un rato iré al despacho. Espero no tardar mucho en el dentista, pero luego he de ir al hospital, me han dado varios volantes, quieren hacerme pruebas y me harán la revisión en ginecología, creo que te lo he comentado. Tardan meses en darte cita. Es despreciable que funcione así de mal.

—No tengas prisa, Catalina. Como mucho podrás entretenerte limpiando el polvo, poco más hay que hacer. Y a mí, de política, no me hables. Nos habéis dejado el mundo hecho un pingajo. Encima gobiernan los tuyos, no puedes ni quejarte en público. Hasta ese derecho has perdido.

Sintió la madre de Macarena ganas de tirarle de los pelos a su hija, deshacerle el moño en mitad de la calle, gritarle. Resistió al impulso cuasi criminal y continuó camino con el ánimo alterado. La cabeza estaba hinchándosele, lo sentía. No era razonable que una cosa sellada con huesos se hinchase, pero a ella le pasaba, dijese lo que dijese Macarena.

En el portal del dentista no había empleado de finca urbana, portero. Lo habían despedido. Todo el mundo negaba la crisis, era una especie de fantasma del que todos hablaban, pero nadie decía haberlo visto jamás; realmente lo veían, la negativa se refería a padecerlo: nadie tenía problemas económicos... Entró en el ascensor y marcó el 9. Ascendía lentamente el aparato y, de pronto, se paró. Catalina empezó a sentir que le molestaba el botón superior de la camisa y lo desabrochó. Calcó el pulsador de la alarma, pero no sintió sonido alguno. Se tocó el pelo varias veces e intentó mantener la tranquilidad, cosa prácticamente imposible debido a su terror a los espacios cerrados.

—Todo tiene un motivo, las cosas no pasan sin más, pero la gente no lo comprende...

Catalina dejó de recordar el miedo al espacio cerrado y comenzó a pensar en la muerte o la demencia, aún no lo tenía claro. Una voz le hablaba, de eso sí estaba segura.

—Se hacen las cosas sin pensar. ¿Que te marchas y abandonas a tus hijos? Piensan que es normal y luego quieren volver. Rameras, dirían en la asamblea del Señor. ¡Pero son putas! Y sin remisión ni arrepentimiento...

Catalina notó que algo se movía en su pecho. Algo que debía de ser el corazón le daba vueltas, sin control, sin darle tiempo para recuperarse. Dios, le hablaba Dios o algún santo en su nombre. Mientras el corazón continuaba desbocándose, pensó que Dios no iba por ahí hablando a la gente. Menos a ella. Y realmente ella jamás había abandonado a Macarena y no pensaba que fuese una ramera, la voz no podía dirigirse a ella, no era el caso...

—Perdone ¿me está hablando alguien?

—¡No! ¡Hablo solo! Quien habla solo espera hablar con Dios un día ¿no lo sabes?

—¡Identifíquese, dígame quién es, estoy encerrada en el ascensor!

—¡Dios! ¡Soy el que soy! ¡La zarza! ¡Quien voy a ser! ¡Escucha y arrepíentete! ¡No traerás la paga de una ramera ni el sueldo de un perro a la casa del SEÑOR tu Dios para cualquier ofrenda votiva, porque los dos son abominación para el SEÑOR tu Dios! ¿Lo has entendido, desdichada?

Catalina pensó durante unos instantes en que el cabrón de Altapuerca había pagado para hacerle aquella especie de *Luz de gas*, pero a tanto no llegaba su imaginación. Él sería incapaz de urdir semejante maldad: la suya se manifestaba de otra manera. Dejó resbalar la espalda por una de las paredes del ascensor y vio claro que la locura ocupaba su mente o, en todo caso, y aun peor, Dios le hablaba y eso sucedía cuando alguien estaba al borde de la muerte. Fijó la vista en el espejo esperando ver discurrir ante ella retazos de su vida. Era lo que la gente contaba. No vio imagen alguna más que su cabeza despeluciada y la cara traslúcida, blanca era poco exacto. Con mano temblorosa buscó el móvil, marcó el número del dentista y en el momento en que respondieron, una Catalina enloquecida no paró de hablar.

—Soy Catalina Béjar del Prado. Avise a la doctora, creo que me estoy muriendo, estoy encerrada en el ascensor, tengo una opresión en el pecho, no puedo respirar. Una voz me habla y dice que es Dios, dígame que me estoy muriendo. ¡Sáquenme de aquí! ¡Me muero!

Y dejó caer el teléfono a sus pies sin hacer caso a la persona que, al otro lado del móvil, intentaba comprender lo que había escuchado. Cinco minutos más tarde – Catalina relató a quien quiso escucharla que había permanecido en aquella ratonera más de una hora– se abrieron las puertas del ascensor. La dentista y un hombre con mono azul le hablaban, pero ella no lograba interpretar los sonidos: era la muerte.

—¡Catalina! ¡Vuelve en ti! ¡Ayúdeme a levantarla, vamos!

La dejaron caer sobre un sofá de la consulta y la dentista le daba aire con una revista.

—Estoy mal, muy mal, Arancha. Escucho voces. Y cuando pregunto me responden... Creo que me han llamado prostituta...

—Mujer, eso es por la vida que tienes y más últimamente. Ya leí en los periódicos lo de la Sentencia. Es algo absurdo y normal que te afecte. Todos te apoyamos.

La dentista era mujer animosa y buena, pero a Catalina en aquel momento no le parecía nada razonable lo que decía, no estaba escuchándola, una vez más no le hacían caso.

—¡Te estoy diciendo que oigo voces, de verdad, no me lo estoy inventando ni estoy loca! Debe ser algo neurológico, que no es lo mismo que estar loca. Que me lleven al hospital, creo que puede volver a repetirse el episodio. ¡Igual me está dando un ictus! Un tumor, los síntomas pueden ser de un tumor repentino.

Mientras hablaba, Catalina había enganchado la bata de la médico y la agitaba como si fuese un tentetieso. Sabía que estaba a las puertas de la muerte o algo peor y no la estaban escuchando. Mientras pensaba, cosa perpetua en la señora de Altapuerca, escuchó otra voz y no pudo reprimir un grito.

—¡Es la voz! La estoy escuchando de nuevo, ahora dice algo sobre las mujeres y la locura. Por Dios, llama a Urgencias, Arancha, me muero.

La dentista se detuvo un momento y dejó escapar una carcajada. A continuación, le pidió al hombre que volviese a hablar.

—¿Has vuelto a escuchar la voz?

—¡Sí! Ayúdame...

—Gracias por su ayuda, déjenos solas. Catalina ¿qué decía la voz que escuchaste en el ascensor?

—Hablaban de mujeres prostitutas, depravación, no sé... Y cuando pregunté quién era, respondió que la zarza ardiendo. Era Dios...

—Se llama Yasmín de Alejandría y, desde luego, no es Dios. Es el nuevo conserje y estaba haciendo algo en el ascensor, lo ha parado contigo dentro. Lo siento. Siempre repite lo mismo: su novia lo ha dejado y todas somos prostitutas sin redención para él, Catalina.

La nombrada se medio incorporó y miró fijamente a su dentista. Siempre había sido una mujer normal y no lograba entender lo que había escuchado.

—Es un hombre, no es esa tal de Alejandría que dices...

—Es una historia complicada. Transexualidad y esas cosas, ya sabes...

—Realmente no lo sé, no sé nada. Y ¿qué hago medio desnuda? ¡El hombre ese o lo que sea me ha arrancado la ropa!

—No, querida, has sufrido un ataque de pánico y cuando abrimos el ascensor estabas así: prácticamente en ropa interior. Tienes el abrigo ahí, sobre ese sillón. Un visión impresionante, por cierto. ¿De París? Lo digo por el diseño.

—Sí, de París, lo diseñé yo. En fin, me siento mal, no creo que pueda llegar a casa y no quiero llamar a nadie.

—Ya hemos llamado a tu hermana. Estaba en el Juzgado, pero viene Marta, no te preocupes. Tienes que intentar vivir más tranquila, más despacio, Catalina.

Asintió con la cabeza y pensó que era raro que la médico le dijese aquello. Arancha no era precisamente el modelo de mujer feliz. Su marido se había fugado con una del Este —expresión de Castaño—, dejándola llena de puños, tres hijos y dos casas sin pagar. La médico trabajaba hasta el anochecer y, al llegar a casa, ponía lavadoras, lavaplatos y ayudaba a sus hijos en las tareas escolares. Cuidaba a su madre viuda y cuasi anciana. Ni de eso se privaba la dentista.

Volvió a pensar que extraño no era: para eso era mujer. «Ser» adquiere otro sentido e importancia cuando se pronuncian palabras que en otro género sonarían a locura. Ser mujer, ese era el secreto para sobrevivir a casi todo. Y la palabra «motivo» entraba en juego en casos como éste: ser mujer motiva sentirse casi siempre mal cuando las cosas no van bien y el resto aún no se ha enterado de que algo está sucediendo. Ellas lo dicen, lo insinúan y son tratadas de locas, histéricas. Al final, la tabla de lavar que sustituye a la lavadora la usan ellas para quitar el hambre a la familia. «Amarrado al duro banco de una galera turquesca», recitó Catalina en voz alta. Góngora siempre le había parecido un insoportable como persona —cosa más que extraña debido a la diferencia de siglos que mediaba entre ellos—, pero... la lavadora y el tendal, las sartenes y las ollas, no dejaban de ser cadenas. Y esa realidad no cambiaría jamás, sentenció mentalmente Catalina.

Extraño pensamiento de Catalina, pero no por ello menos cierto.

Aquella mañana no hubo sesión de dentista, pero sí de mofa. Una Marta alborozada cogía por la cintura a su amiga y reía a carcajadas haciendo que la gente las mirase.

—¡No sabes la pinta que tienes, Catalina! ¡Hoy eres tú la despeluciada y no yo! Mira, ahí viene tu madre.

Catalina vio cómo María del Prado caminaba hacia ella. Vio la mirada y vio a su madre como era: un monstruo de la naturaleza, un dragón que la abrasaría viva. La buena María no llevaba presagios de calma ni piedad en la mirada.

—¡Da la vuelta! ¡No puede verme así!

—Ya te ha visto, mira, nos saluda...

—¡Catalina! Pobre mía... Esto tenía que pasarte alguna vez. Es lógico que los brotes se manifiesten de manera violenta y te agredas a ti misma en lugar de hacerlo con todos nosotros...

El tono de bondad no era tal. La crueldad más refinada se escondía en las palabras de María del Prado. Y no paraba de hablar frente a Catalina.

—Pensar que a uno le habla Dios es propio de mentes soberbias y perturbadas, hija, pero nosotros te cuidaremos, no hay de qué preocuparse. No, de momento. Julito seguro que te incapacita si se lo pedimos, pero sólo en caso de necesidad. Con ver esos pelos, esa cara demudada, te asustas a ti misma, Catalina. Es una lección que no debes olvidar, nunca.

La capacidad de reacción y dosis de maldad verbal no habitaban en Catalina en aquellos momentos. Era un ejército derrotado, pero resistiéndose a la rendición.

—¿Quién te lo ha contado? No me habló Dios, fue todo un mal entendido, mamá...

—Yasmín de Alejandría. Ella me lo ha contado todo. De hecho, lo estaba contando en la farmacia, Catalina. Ya lo sabe todo el barrio y en una hora lo sabrá la ciudad entera. Yasmín se reía mucho y yo tuve que hacer acopio de valor para no darle dos bolsazos.

La sobrina de la farmacéutica regenta ahora la farmacia y, por lo que pude observar, te odia. De niña era gorda y seguro que te reías de ella. Algo le habrás hecho.

—¡Yo siempre fui gorda y con beca! Y Catalina jamás se rio de mí. Por cierto, la gorda esa de la farmacéutica era más gorda que yo, María. Y bizca. Como no se riese de ella Catalina por eso, pero bueno, no lo creo. Es que es mala, gorda y mala. Yo soy sólo gorda... —Comenzaba Marta una de sus interminables peroratas y defendía a su amiga, pero una voz la cortó en seco:

—¡Cállate, cómplice de locuras y desvaríos! ¡A mí no me impresionas! Llévala de inmediato a casa y sin que os vean —María del Prado ya era el dragón y un humo oloroso, azufre, se dejó sentir en la pituitaria de las dos amigas. Marta reculó.

Siguieron camino y, tras dar cinco pasos, Marta se volvió y le gritó a María:

—¡Desdémona!

Y empujando a Catalina la obligó a correr. Diez años era mucha edad mental atribuible a ambas mujeres.

—¿Por qué has llamado a mi madre Desdémona? ¿Qué tiene que ver ella con mi madre?

—¡El motivo da igual, Catalina! Suena contundente y ella, como verás, se ha alterado. Eso es lo único importante. ¡Como si todo el mundo dijese cosas con sentido! ¿No ves las tertulias de la tele? Emplean palabras que ni saben qué significan, pero las dicen. ¡Venga, corre!

—No puedo, Marta, me duele la cadera, no puedo casi ni caminar, ¿no lo ves?

—No, eso no lo veo, pero sí veo a Inesita, mírala. La cabrona, disfrazada de corre caminos y al trote. Ponte derecha, erguida, que diría tu madre. Y sonrisa, muchos dientes, Catalina. Que ésa, desde que Rodrigo es jefe de la oposición provinciana, está más crecida. Tú mira qué zancadas pega, está en forma. Pero no te apures, todos los que hacen esto la espichan de un ataque al corazón, tú tranquila.

Inés, consorte opositora con todas las consecuencias, no perdía oportunidad de lucir cuerpo y finura. Lo último lo pensaba ella: el borderío de *parvenue* no se quitaba ni con lija de carpintero, eso repetía Marta cuando se la cruzaban. La advenediza resentida dudó entre seguir al trote o detenerse. Varias personas observaban la escena y optó por la diplomacia. Hipocresía, diría Marta.

—¡Hola, queridas! ¿Cómo estáis? Os veo poco. Es lógico, no frecuentamos los mismos círculos, pero en todo caso, me alegra. ¿Qué te sucede, Catalina? Te veo un tanto desarreglada y pálida, querida.

—Hola, Inés. Esta boba de Catalina, que hizo una apuesta con unos amigos parisinos que han venido, gente para la que trabajó allí vistiéndolos y decorando sus casas. Catalina es para ellos inolvidable. Ha subido toda la montaña corriendo. La ha bajado. Luego un partido de tenis y para que no faltase de nada se fueron a las piscinas de la Universidad, cinco largos y dos picados desde el trampolín. Ha quedado segunda y mis amigos impactados —Catalina asentía con la cabeza y dejaba ver los dientes tipo conejo que le habían puesto, unas fundas demasiado grandes para su gusto, pero no podía dejar de sonreír: la alternativa era asesinar a Marta—. Y ahora está un poco cansada, no nos ha dado tiempo ni a peinarla. Tu marido estaba aplaudiendo como un loco en la piscina y luego nos ha invitado a todos al aperitivo. Estaba encantado con el segundo puesto de Catalina, la ha llamado defensora del buen nombre de España, «marca España es Catalina Béjar», eso ha dicho... Ya sabes, sois tan patriotas. Hasta otro día, tenemos que irnos a comer con los franceses, Inesita.

Inés perdió la sonrisa poco a poco. Se le resquebrajó el maquillaje tipo «yonomepinto» con nada, alzó la mano y Marta a punto estuvo de recular, tuvo miedo de la zafia derechista, así llamaba ella a la esposa de Rodrigo. Continuaron camino sin hablar hasta que Inés dobló una esquina.

—¿Qué has hecho? ¡Rodrigo le dirá que es todo mentira! ¡Sabrá que todo ha sido una mentira tuya y por chulear, Marta!

—Evidentemente que le dirá que es mentira. Ella no lo creerá y tendrán un lío del copón, Catalina, de los que hacen historia. Hay algo que no es mentira: el opositor estaba esta mañana en las piscinas de la Universidad, algún acto de exaltación al deporte patrio, así que el follón va a ser de antología. Anda, vamos, estás en baja forma, chica.

La amistad es algo poco valorado y es escasa en estos días. Catalina se sintió algo mejor. Marta cuidaba de ella y estaba segura. Seguridad es una de las características de la palabra amistad. Y la seguridad era tan necesaria como la linfa para Catalina.

Aquella mañana Catalina no pudo ir al hospital. Cambió las pruebas llamando a un conocido, para evitar se las retrasasen meses por no acudir. Digestivo, pruebas de alergia y luego revisión ginecológica. Una ITV casi completa.

El aire no entraba en los pulmones de Catalina. La opresión en el pecho se acrecentaba cada día, las ojeras parecían más propias de una monja del Carmelo recluida en un convento con rejas y muros altos: uno sin huerto, pensaba Catalina. Los ansiolíticos habían fracasado, todo era un fracaso, hasta la química farmacéutica. Y días después acudió al hospital cansada, sin ánimo, arrastrando los pies. No entró reptando por lo poco digno que habría sido.

Jamás había estado en el nuevo hospital que las autoridades de la provincia, junto con la oposición, habían decidido construir. Al final, los intereses comerciales no variaban, fuesen gobierno u oposición, y aquel disparate del que había escuchado contar horrores era un dispendio digno de paletos. Salidas de emergencia que terminaban en una superficie plana, empozada, a la que seguía una cuesta que pocos podrían subir corriendo en caso de apuro; fachada de cristal en un edificio norteño, aumento del coste de limpieza, casi imposible de aislar. El suelo, levantado, y hacía apenas un año que se había puesto en uso. Pensó Catalina en Roma y volvió a pensar que los responsables de todo aquello estarían en el circo y devorados por las fieras. Allí en su tierra, en su país, seguían ocupando cargos técnicos y políticos y nada sucedía. Dejó de pensar e intentó serenarse y centrarse en lo que la había llevado a conocer semejante engendro.

Sentada en un banco —que alguien, en los periódicos, había denominado «de diseño»—, miraba a la pantalla colgada del techo, frente a ella. De la pantalla, los ojos iban al papel que sujetaba entre sus dedos. NYH35. Eso había impreso una máquina en el tique. En la pantalla pasaban cifras y letras. Ninguna coincidía con lo reflejado en el de Catalina.

—¡Bingo!

Tardó la señora de Altapuerca en darse cuenta de que la voz, la garganta que había pronunciado tal palabra, era la suya. El resto de pacientes la miraba con sobresalto. Supuso Catalina que la cara demacrada, las ojeras y el cabello suelto cual *lady* Godiva mal peinada más la palabra pronunciada en voz alta, hacían creer al resto de ciudadanos que no debía estar allí sino en la sala de espera de la unidad de psiquiatría. Alzó la cabeza de manera altanera, casi despectiva, sin hacer caso de las miradas y, en aquel momento, vio cómo el consejero de Sanidad de la provincia lejana avanzaba hacia el lugar rodeado de una bandada de pelotas. Al menos una cara conocida, pensó la señora de Altapuerca.

—Hola, Arsenio...

—¡No tengo tiempo, Catalina! ¡Y menos para escuchar tus quejas! Seguro que algo tendrás que decir del hospital, algo malo, por supuesto. Y ya no puedes quejarte, de nada. ¿No has comprendido la Sentencia? Pues eres abogado, chica, así que ni quejarte puedes ya. Y yo no tengo ni tiempo ni ganas de escucharte. Vete del Partido y así te quejas lo que quieras. ¡Adiós!

Catalina Béjar no logró responder. Los pacientes volvían a mirarla, hasta con compasión. Arsenio había estado en su casa muchas veces, era un hombre razonable, eso pensó Catalina siempre. No comprendía el motivo de lo que había escuchado, no comprendía la grosería, no comprendía que ni siquiera le hubiese preguntado si estaba enferma, si necesitaba algo. Una mujer sentada a su lado le tocó el hombro y señaló a la pantalla. El número y las letras que correspondían a su papel estaban allí reflejadas. Entró en la consulta procurando no pensar en nada.

—Puede sentarse...

Catalina dio las gracias y observó a la médico: joven, pelo recogido, sin identificación visible: la ley obligaba a ello, pero... Respondió a las preguntas sin pensar en otra cosa, centrándose en el cuestionario. Su mente reaccionó con la palabra cuestionario: la galeno estaba leyendo las preguntas de unos folios de papel y, una vez hechas, las punteaba. Catalina siguió respondiendo, sin entender que una profesional tuviese las preguntas apuntadas. Si era un protocolo, podían darlas a los pacientes y ellos responderlas. Nada dijo sobre aquello.

—Estás en tratamiento por depresión...

—No, no estoy en tratamiento de nada semejante...

—Lo dice aquí, en la pantalla...

—Pues está usted mirando la historia de otra persona, no la mía...

—El ordenador no se confunde, señora.

—Creo que sí, más bien quien ha introducido esos datos. Y no es la primera vez desde que me he sentado. Me ha preguntado usted si soy alérgica. Padezco una alergia química múltiple, después tengo que ir al alergólogo, pero usted ha preguntado si padecía de alguna. Me da miedo que no esté en el ordenador, así que algo está mal.

—Dejemos eso, no pienso discutir —Al parecer nadie discutía o llamaba discutir a la aclaración de cualquier tema—. Voy a mandarle una batería de pruebas, hay que ver si es usted celíaca. Y luego le harán una ecografía y la pondré en lista de espera para colonoscopia...

—No...

—¿No qué? La joven médico parecía sorprendida.

—Que no soy celíaca. Soy blanca, cierto. Rubia, ojos claros, pero no soy celíaca. Pensaba Catalina en un jefe de Servicio para quien cualquiera de esas características era de inmediato un enfermo celíaco y dejó escapar una sonrisa.

—No puede usted saberlo, no lo sé ni yo...

—Debería...

—Perdone, pero tengo más pacientes y no puedo perder el tiempo.

—No lo estamos perdiendo o tal vez sí. ¿Ser celíaco se presenta sin más? ¿Es algo sucedido que se presenta en cualquier momento de la vida?

—¡Pues sí!

—Ya, pero si se determina mediante pruebas, marcadores, que uno no lo es, no lo es nunca. Que puede sobrevenir en cualquier momento, manifestarse, ya lo sé. Pero o

se nace celíaco o no hay enfermedad. En esa historia clínica tiene que estar la prueba que me han hecho, dos veces para ser exactos: no soy celíaca y no sé qué historia clínica mira usted, la mía parece que no...

La médico miró a la enfermera, una mujer mayor y seguro que curtida en mil batallas. Con voz suave, pidió unos minutos y salió de la consulta. Catalina estaba empezando a respirar mal y la presunta profesional revolvió unos papeles sin saber bien qué hacer. Entró de nuevo la enfermera y dejó sobre la mesa varios folios de papel.

—Parece que hay un error, no es usted celíaca.

—Lo sé. Y no le haré perder más tiempo. No es un error, son muchos. Eso que usted ha llamado batería de pruebas tiene un coste para la sanidad pública muy alto, pero si yo no le pongo de manifiesto que no soy celíaca, usted lo habría hecho. ¿Una ecografía y una colonoscopia? Sería razonable si usted sospechase una tumoración, pero es extraño, ya que cinco veces me ha preguntado en qué lugar del abdomen me duele, y no me ha explorado ¿la camilla la tiene de adorno? —Catalina respiraba cada vez peor y la chica la miraba como si en lugar de una paciente se encontrase ante una demente. Empezaba a inquietarse—. Se tiende a llamar loco a quien dice la verdad claramente y sin miedo: la historia está llena de locos semejantes. Cinco veces, señora. Desconozco su nombre, dado que, incumpliendo la ley, no va identificada, pero cinco veces me he levantado de la silla y le he señalado y le he explicado. Si ahora me voy y dentro de ocho días me ingresan y tengo un tumor, ¿qué explicación daría usted al hecho de no haberme explorado? Si me muero y mi familia acude a juicio y lo gana, la indemnización la pagaríamos todos los ciudadanos, no usted. Por eso le da lo mismo. Y de un plumazo ha incrementado las listas de espera de dos pruebas, que no niego sean necesarias, pero usted no lo sabe. Ha querido repetirme otras innecesarias, así que aumento de listas de espera y gasto. Eso sí, reitero que sin explorarme. Es increíble... Cíteme cuando quiera para esas pruebas, pero le recomiendo que se busque otro hospital en el que la enseñen a ejercer la medicina, lo que usted hace no es medicina, no sé cómo calificarlo.

—¿Es usted médico? —La voz se alteró, pero poco, levemente.

—No, hija, no lo soy, pero no soy gilipollas y no lo tomes como algo personal. Esta consulta, y no olvides que sin acritud alguna lo digo, ha sido la clase perfecta de lo que no ha de hacer jamás un médico. Pero no tienes la culpa. Supongo que eres un MIR y no entiendo cómo los adjuntos no os enseñan como debieran hacer. Buenos días.

Salió Catalina sin casi respiración, los pies arrastrando más por momentos. Dentro de la consulta, la supuesta doctora, es un decir, intentó una protesta contra la paciente. La enfermera la miró y con su voz suave dejó escapar una frase mientras movía la cabeza de un lado a otro:

—Déjalo, hija. Tiene razón y además es Catalina Béjar del Prado, bien suave ha estado, déjalo...

Médico y enfermera eran madre e hija. Madre que había hecho turnos y turnos sin pensar en dormir ni casi en comer, y menos en vacaciones, para que su hija fuese a los mejores colegios privados y luego a la mejor Facultad, privada, que pudo pagarle. Madre que sabía más de medicina que su propia hija a punto de terminar el MIR. Los tiempos eran ésos: mucho estudiar y nada de clínica real. Mientras la madre pensaba, la hija se había lanzado a buscar en Google el nombre pronunciado por la madre. Tenía que ser una médico retirada.

De buscar en internet sí sabía mucho aquella generación perdida.

Catalina estuvo a punto de marcharse a su casa. No podía más y no quería discutir ni hablar ni nada, sólo tirarse en la cama y dormir. A lo mejor tenía razón la mentecata indocumentada y pasaba por una depresión, pero razón no tenía, al menos no se la habían diagnosticado. Cruel es el destino y no sospechaba la señora de Altapuerca que, aun siendo las once de la mañana, las cosas podían ir a peor. Entró en la consulta del alergólogo y volvió a escuchar preguntas carentes de sentido y respondía mecánicamente hasta que...

—¡Bien, tengo una buena noticia que darte! —No comprendía el tuteo, en la vida había visto al hombre aquel, al médico. Al menos iba a darle una buena noticia, alegraría su día—. ¡No eres alérgica a nada, a nada! ¡Verás, lo tuyo no es alergia, tú crees que sí, pero no lo es!

Catalina escuchaba asombrada. Especialistas de la capital del Reino, de París, de aquel mismo hospital refrendaban que sí lo era. Y ella padecía de esos problemas desde niña.

—Tengo la solución para ti. Te enseñaré un estudio que he realizado —Metió un lápiz USB en el ordenador y empezó a enseñarle a Catalina unas tablas, incluidos nombres de pacientes—. ¿Ves? Todos estos pensaban que estaban como tú, enfermos de alergia, pero no. Han curado todos. Tomarás un tratamiento que estoy mandando a mis pacientes y estarás estupenda. Consiste en unas dosis diarias de litio. En dos meses, perfecta.

Catalina entrecerró los ojos. Era evidente que estaba pasando una crisis muy, pero que muy aguda de enfermedad mental. La digestóloga tenía razón, no estaba diagnosticada o la habían engañado, pero todo aquello que le sucedía era fruto de su imaginación. La culpable, la burra, era ella y no aquellos médicos extraños a los que visitaba aquella mañana.

—Litio...

—¡Sí! Mira: trescientos tengo ya en el estudio y fenomenal, es un estudio propio, muy novedoso.

—¿Todos han tomado litio?

—¡Claro, los trescientos! Y ahora empiezas tú y verás qué resultado tan espectacular.

—Ya... Y esto ¿lo haces tú solo?

—Sí, como te he dicho, es algo absolutamente novedoso, seguro que lo publican.

—No estoy tan segura yo, pero hasta es posible en estos tiempos. ¿Quién controla el estudio? Me has dicho que has dado litio a trescientos pacientes, a todos ellos. ¿El doble ciego en el olvido? —El médico empezó a perder el color sonrosado de la cara y, por supuesto, la alegría que había destilado hasta entonces—. No se les ha dado a unos litio y a otros, un placebo, eso lo has dejado claro. Así que nada de doble ciego. Somos, contándome a mí, unos 301 bipolares que nos creemos alérgicos. ¿Qué resultado te han dado las pruebas de riñón o tiroides? —Mientras hablaba, Catalina iba incorporándose del asiento y recogiendo su ropa—. No diré que no hablaré a nadie de lo que he escuchado, ni de ese USB que introduces en el ordenador, supongo que nada de esto está en los archivos del hospital ni en las historias. Esto es un delito, así que no te acerques a mí, voy a salir de aquí tranquilamente y no te acerques, y espero que tengas noticias mías, que alguien te las dé... ¡Envenenador!

Catalina reculó hasta la puerta sin dar la espalda al médico. En su cabeza no dejaba de aparecer el loco aquel con una jeringa en la mano intentando inyectarle litio. Una dosis masiva que la dejaría probablemente más idiota de lo que ya era y luego la mataría, de esa forma cerraría su boca para siempre. La imaginación, como el pensar, suelen ser un problema en esta vida. Catalina no se privaba de problema alguno. Salió dejando al médico con una cara que pedía a gritos la atención del Servicio de Urgencias. Cinco segundos antes, se había dado cuenta de a quién le estaba ofreciendo el «tratamiento». Arrancó el USB del ordenador y metió la cara entre las manos. Estaba perdido.

Miró el reloj, llegaba justo a la cita con el ginecólogo, a ese lo conocía, era una persona normal.

—¡Catalina, pasa, no esperes! ¡Ya te toca entrar! —Una sala llena de mujeres miró a Catalina con cara de mala leche. Y la señora de Altapuerca supo entonces que ese día era víctima de una maldición—. ¡No la estoy colando, señoras! Es un caso grave y éstos son preferentes. Y si tienen quejas: Atención al Paciente dos plantas más arriba.

Bienvenida Castaño, la hija del excomisario era pura vitalidad, casi desenfreno vital. Catalina la miró sin entender nada. Cosa habitual desde hacía varias semanas.

—Que protesten, para el caso que les van a hacer. Aquí, ni eso funciona. Es la ley de la selva y yo escojo a mis animales preferidos.

—Gracias, Bienvenida, pero no te busques un problema. De todas formas esperaré a que venga mi ginecólogo, no tienes que molestarte.

—Tu ginecólogo soy yo. El otro ha sido retirado del servicio activo. Cumplió 65 años y eso, a día de hoy, es un pecado, Catalina: los mandan a todos a casa a esa edad. Sólo se libran o enchufados o los que dan clase en la Facultad. Tú tranquila, estás en buenas manos. Quítate todo, queda en pelota picada; y venga, subes aquí, que ya verás qué paseo.

Como una autómatas, sin pensar esta vez, Catalina se desnudó y, vestida con un ridículo camisón, intentó encaramarse en la camilla.

—Espera que te la bajo. Mira: sube, baja... Es todo moderno. Eso sí: cada semana tienen que llevarla a arreglar, esto tan automático se estropea y los arreglos, carísimos, pero alguien debe de ganar mucho dinero. Con las camas pasa lo mismo. Venga, arriba. ¡Vosotros, podéis entrar! Tras la camilla, no frente a la paciente, tras la camilla.

Dos jovencísimos médicos miraron a Bienvenida con cara de pocos amigos.

—Desde ahí no vemos nada...

—Ya, de eso se trata. Es mi amiga y no vais a ver nada. Yo os lo cuento y no vuelvas a llevarme la contraria, me caéis particularmente mal. Y si me caéis peor, no habrá descansos, no habrá partos ni cesáreas. En lengua castellana: estáis jodidos. Empiezo con la exploración, Catalina. Me voy a poner un gel en la mano e introduciré mis dedos en tu vagina, luego el espéculo y después una ecografía. ¡Relax que voy!

—Bienvenida, no tienes que decirme todo lo que vas a hacerme, lo sé y hoy no tengo buen día.

—Mujer, lo digo para que los pipiolos se enteren. Cuenta, ¿qué te pasa?

Contó Catalina muy por alto mientras Bienvenida hurgaba en sus entrañas y la ginecóloga se reía a carcajadas.

—Colonoscopias, litio, es lo que hay, Catalina. No es que yo me parezca a Castaño, pero en algo tiene razón: no hay respeto, no hay autoridad y aquí no hay ni docencia ni decencia. Estos pipiolos entran haciendo un test y puede que sepan de memoria tratados de anatomía, pero ni humanidad ni educación, ni saben diagnosticar si no piden

decenas de pruebas. ¡Es el progreso! Y le sumas que la gente cada día es más imbécil, que piensan que por tener estas camillas tan automáticas y robots circulando por ahí es todo de una calidad perfecta. Y hemos llegado al punto actual: ineficacia, listas de espera por tanta prueba y mucho vago, falta total de disciplina. Y así vamos, y la gente tan tranquila, Catalina.

Catalina estaba conforme con todo lo que había dicho Bienvenida, creyó haber escuchado robots, pero seguro que había entendido mal.

—Casi he terminado. Todo correcto. Te he hecho una citología, te mandarán el resultado a casa. Pero vamos a tener que poner remedio a la falta de uso. Ya me entiendes...

—No, la verdad es que no te comprendo, Bienvenida...

—Atención, pipiolos, como sabéis todo lo que aquí sucede está sometido a secreto profesional, eso supongo que está claro. Mi amiga, como muchas mujeres de su edad y la mía, podría sufrir en ocasiones pérdidas de orina, por ello vamos a ponerle remedio en cuanto podamos. ¿Qué remedio es el que usamos en estos casos, palomos?

—¡Bolas chinas y luego gimnasia para fortalecer los músculos pélvicos, ejercicios de Kegel!

A eso parecían llegar los pupilos de Bienvenida, pero Catalina no entendía qué tenía que ver ella con eso, no padecía de tal incontinencia.

—¡Muy bien! Esto os da derecho a un parto, vais progresando. ¡Bolas!

Uno de los chicos se apresuró a buscar algo en un cajón, se puso unos guantes, quitó un celofán y extendió el artillugio a Bienvenida Castaño.

—¡Bienvenida, a mí no me metas eso! Yo no tengo esos problemas, deja que me levante.

Sintió una mano posarse sobre su hombro y una voz aflautada decir:

—Tranquila, señora, que no le van a meter nada raro.

—¡Bienvenida! ¡Qué dice éste! A mí no me metas nada de eso, que ya te he dicho que no.

Dos sucesos se produjeron casi a un tiempo. Uno de los residentes dejó escapar una risa y entre ellas deslizó: «Cosas mayores habrá tenido dentro, espero... Qué paciencia hay que tener con las mujeres estas...». Y a la vez el móvil del otro sonó y diligentemente el chico tecleaba en el teléfono. Bienvenida Castaño se levantó del taburete, quitó el móvil al chaval y lo dejó caer en un vaso de cristal lleno de un líquido rosáceo. Él gritó, pero fueron más fuertes las voces de Bienvenida:

—Muy desinfectado te va a quedar. Conmigo se trabaja sin móviles. Ahora vete y quéjate, que me da igual, saco la baja y a ver qué hace la dirección médica. Y tú, eso que has dicho te ha restado el parto, a los dos, y os hará vivir una experiencia religiosa: dentro de diez minutos atenderéis a la mujer de un quinqu recomendado por mi padre. Delitos de sangre que tiene, ya os lo adelanto. Ella pesa ciento cuarenta y cinco kilos y es muy sensible al dolor. A la mínima queja, el marido puede sufrir un ataque de ira y siempre dice lo mismo: «Me quedo con vuestras caras...». ¡Fuera de aquí! Ya os llamaré cuando venga Telvina, será un aprendizaje maravilloso el que os proporcionaré esta mañana.

El «profesional» que respondía whatsApp en mitad de una consulta metió la mano en el recipiente de cristal y logró sacar el móvil: «Ni con arroz», iba murmurando mientras caminaba fuera de la consulta.

—Catalina, no puedes imaginarte lo que es oponerse a este movimiento de imbéciles que nos ha tocado vivir. Bueno, tú si puedes y lo haces. Lo de las bolas es necesario y no creo que deba especificarte el motivo: falta de uso y no por pérdida en los músculos pélvicos. Como tu ginecóloga te receto que de inmediato hagas lo que puedas para tener relaciones sexuales o te auguro un mal porvenir. Un amante es lo más apropiado en este caso. Relájate que voy.

Catalina Béjar aulló y no precisamente por los motivos que cuentan en las películas eróticas, las puñeteras bolas, dos unidas por un hilo, no entraban del todo pese a los esfuerzos de Bienvenida y debido a la envergadura de la doctora Castaño, el esfuerzo era proporcional al dolor: grande.

Con dificultades manifiestas y un agudo dolor en el lugar que ocupaban las bolas chinas, se despidió Catalina de Bienvenida. Al irse, la escuchó decir:

—Pasa, Telvina. Y tu marido también, que hoy tengo a dos estupendos médicos que van a mirarte...

Ni eso le hizo gracia a Catalina, el dolor empeoraba a cada paso. Llegó, con dificultad, a una de las cafeterías del centro y vio que tras una puerta se extendía una enorme pradería. Tomar el aire antes de regresar a casa no le vendría mal. En la caja, una mujer, menuda, intentaba pagar y mover la bandeja. La cara tapada por una mascarilla sólo dejaba ver los ojos, grandes, y un artilugio que llevaba el oxígeno a su cuerpo a través de la nariz. La mujer sonrió a Catalina con los ojos y siguió intentado pagar y apañarse con la bandeja. Difícil situación: la bombona de oxígeno iba en una especie de carrito que le ocupaba una mano.

—No se preocupe, yo la ayudo. ¿Dónde quiere sentarse?

—¡Gracias! Mira, qué te parece esa mesa de dos. Podemos sentarnos ahí.

Catalina caminó hacia la mesa sin ninguna intención de sentarse, no sólo por la angustia que le provocaba la visión del sufrimiento en la mujer: no iba a ser posible con aquellas bolas.

Dejó la bandeja sobre la mesa, envolvió el pincho en una servilleta y sonrió dispuesta a despedirse.

—¿No te sientas?

El camino de perfección suele resultar doloroso, para alma y cuerpo, y Catalina pensó que la aciaga mañana estaba culminando en ese momento. Recitó mentalmente «no hay cosa enojosa que no se pase con facilidad en los que se aman...» sin saber si venía al caso tal frase de la santa, pero era lo único a lo que podía aferrarse: amor por el prójimo.

Equivocóse Catalina en cuanto a lo de aferrarse, ya que al intentar depositar la parte de su cuerpo que debía reposar sobre la silla, pegó un brinco y su mano, cual garra de rapaz, se aferró al borde de la mesa. Con el mayor disimulo que pudo, dejó deslizar el cuerpo fuera del asiento hasta quedar casi en el aire. La mujer de la mascarilla se la había quitado y una cara de casi niña le sonreía.

—¿El tuyo de qué es? El mío de pulmón. Y metástasis en hígado y riñones. Pero estoy muy contenta. Me han hecho una radiografía y no sabes lo que ha disminuido. Y hoy es sólo la tercera sesión de quimio.

Catalina entrecerró lo ojos y procesó lentamente cada palabra escuchada. El suyo de qué era, había dicho la mujer casi niña.

—Lo mismo que el suyo...

—Trátame de tú, mujer, que somos compañeras. Y ¿cuántas sesiones llevas? Menudo pelo, debe de ser peluca de cabello natural, si me cae pienso hacerme un pelucón y que sea como el pelo tuyo, siempre quise tener una melena así, y mira, no hay mal que por bien no venga. Pero de pelo natural no podré, son muy caras, pero seguro que ahora en las sintéticas ni se nota —La mujer casi niña no dejaba de hablar y le tocaba el pelo a Catalina. Una Catalina acoquinada que no encontraba fuerzas para pronunciar palabra alguna, pero de algún lugar salieron:

—Es mi pelo, mi pelo natural, sale así. Primero me rapé y luego me salió así. Antes no lo tenía tan fuerte. Y lo mío, aunque nada es igual, me parece que muy parecido a lo tuyo, lo mío hasta peor, me encontraron alguna metástasis en el cerebro. Y yo ya no doy quimio, fue hace ocho años. Remisión total. Hoy vine a la revisión que te hacen una vez al año —Catalina trataba de sonar convincente y funcionó.

—Si ya lo digo yo, a día de hoy hay muchos adelantos y estoy contenta. Mira, ni se me quitó la gana de comer.

—No deberías comer lechuga ni tomate sin pelar en un sitio público, por las infecciones y ahora que hay fresas todo el año, procura no tomarlas, nada que no puedas pelar antes.

Y siguió la charla entre risas de la mujer casi niña y de Catalina. Siguió la charla como sigue a la vida la muerte, con naturalidad. Al despedirse, Catalina estuvo a punto de preguntarle cómo se llamaba, pero no lo hizo, aprisionada entre barrotes de dolor llevaba el alma y no quiso uno más. De saber su nombre, el nombre del médico ya lo conocía, habría indagado, habría seguido su enfermedad y habría padecido un tormento. Caminó guiada por el sol hacia las praderías recitando en voz alta: «en verdes praderas me hace recostar, me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas. Me guía por senderos justos, por el honor de su nombre...». No estaba segura Catalina de que tras la muerte existiesen praderas, pero más valía pensar que sí. Regresó el dolor y sintió una contracción: una de las bolas se había salido del lugar natural. Entiéndase como un decir... Caminó paralelo paralelo a los prados con las piernas arqueadas, con dificultad. Un pie al este y otro al oeste podría ser una descripción muy gráfica. Vio un rótulo que indicaba URGENCIAS, tenía que regresar a la consulta de Bienvenida. La bola salida, que es una manera de definirla como otra cualquiera, añadía padecimiento a los dolores que le provocaba la que se deslizaba por un entorno hostil, otra manera de definir que es correcta. Perdida por unos inmensos pasillos, con las piernas abiertas, sin encontrar a ser humano alguno y a punto de caer de rodillas e implorar ayuda a Dios, Catalina se vio en el suelo, pero no de rodillas, casi tan larga como era. Una especie de raíl metálico (cuatro estaban ante ella) se había interpuesto en su camino. Cualquier ser habría definido la caída como un tropezón, pero en el caso de la señora de Altapuerca, algo inerte se interponía en su camino... Uno le estaba destrozando la rodilla. Pensó en quedar allí hasta que alguien la encontrase muerta. Se dejó caer totalmente en el suelo y colocó la cabeza sobre el bolso. Sentía frío, pero igual le daba. Ella se había pasado una vida entera construyéndose. Incluso había mutado a bestia. Ahora llegaba la hora de la deconstrucción, tal que una tortilla de patata en manos de aquellos horteras que se denominaban cocineros. Esperando la muerte, recordó alguno de los nombres de los cretinos que llamaban de esa forma a lo que cocinaban. Frenó en seco el pensamiento e intentó saber a fin de qué recordaba comida, deconstrucción y cocineros. No había escuchado nunca que la muerte se presentase de esa forma, recordando comidas, pero seguro que podía ser...

Oyó un ruido y levantó la cabeza, no moriría si la encontraban. A punto de gritar cual náufrago en los mares del Sur ¡aquí! murió el sonido de ayuda en su boca y por los labios entreabiertos penetró el pánico. Se alzó como pudo y vio avanzar hacia ella una máquina que rodaba emitiendo pitidos. Logró llegar a la pared de enfrente y quedó observando los movimientos de la cosa. Evidentemente estaba loca, el alergólogo no era tal y seguro que se trataba de un siquiatra enmascarado, la habían engañado para que no protestase, pero María del Prado tenía razón. Creía estar viendo cómo el engendro metálico maniobraba hasta quedar colocado entre dos de los raíles y al momento apareció otro que hizo lo mismo. Ninguna actriz de Hitchcock habría mejorado la actuación de la señora de Altapuerca. Ninguna escena de *El resplandor* puede compararse a una Catalina desmelenada, con el abrigo abierto y la cara reflejando un pavor demoniaco, que este relator ignora exactamente lo que es, pero ha de ser el peor de los pavores. Piernas abiertas y apoyándose en la pared, la despavorida buscaba ayuda. Miraba hacia atrás y veía cómo los robots, posiblemente avanzadilla de alguna invasión extraterrestre, volvían a ponerse en marcha. Decidió que moriría sin oponer resistencia y en ese momento, ante ella, apareció una figura humana sonriente.

—¡Catalina! ¿Qué te ha pasado? Sangras por una rodilla. Y tu pelo...

El doctor Mendiola acarició lo que en algún momento había sido una melena lacia, brillante, cuidada. Catalina intentó explicar todo lo que estaba pasando y Arturo Mendiola no podía dejar de reír.

—Llévame a una consulta con camilla, por favor, Arturo, que no esté lejos. Tengo que sacarme esa cosa, por Dios, ayúdame.

Tirada en una camilla, Catalina no sabía muy bien qué hacer para sacar la bola sin que las entrañas siguiesen al artilugio. Arturo esperaba tras la puerta y ella pensó que pedirle ayuda habría sido indigno. Cada uno da a las palabras el valor o el sentido que desea... Respiró varias veces y tiró del hilo. Las bolas chinas terminaron en un depósito de material contaminante y Catalina se lavó la cara, atusó el pelo y pidió a Arturo que entrase. Sentada junto a él en la camilla, lloraba mientras contaba su mañana en el hospital. La *Odisea*, una broma. Hacía rato que Arturo Mendiola no se reía, tan sólo abrazaba a Catalina y le limpiaba lágrimas y mocos con gasas y escuchaba. Se enteró Catalina de que los robots no eran fruto de ninguna enajenación metal suya: las autoridades sanitarias habían decidido que aquellos engendros eran útiles, cuestión incierta, al parecer se estropeaban a cada rato. Su deconstrucción, el recuerdo de la comida que ocupó su mente mientras permanecía en el suelo, eran fruto de las máquinas diabólicas: transportaban la comida y regresaban de realizar tal cometido.

—No estás ni has estado nunca loca, Catalina. Eres un ejemplo de cordura, ese es el problema. Analizas, piensas, resuelves y, cuando no puedes hacerlo, sufres. Los humanos no solemos ser así. Yo sé la medicina que tú necesitas, siempre es la misma, ven...

Se puso en pie Catalina frente al doctor Mendiola, que buscaba algo en un bolso de la bata. Vio cómo la mano de Arturo colocaba un auricular en su oreja y ponía otro en la suya. La acercó, una mano en su cintura y la otra sujetando la suya sobre el pecho. Se acercó aún más y Catalina escuchó la música que comenzaba a sonar:

—Bailar, Catalina, bailar es la medicina que tú necesitas y siempre has necesitado, pero, por algún motivo que no comprendo, siempre te equivocas de pareja.

Se dejó llevar por el sonido de una trompeta y luego por la voz de Bunbury y la letra. Bailaba Catalina pegada a Mendiola de manera armoniosa y sosegada, movía su cuerpo

con cuidado y dejando que su cabeza descansase en el pecho de Arturo. Era Catalina un infante serenado por el sonido de un corazón amigo. Era un cachorro escuchando el tic tac de un reloj sustituto del latido materno. Era una persona tranquila y segura, a cubierto de cualquier mal. Nada podía sucederle.

Se habían ido el miedo, el enfado, la cobardía, las ganas de morir, el susto y el llanto. En su huida, la bestia regresaba bailando. La fuerza se manifiesta o llega de formas muy extrañas. En ocasiones, casi siempre, unos minutos de felicidad.

Bailando...

Y no es por eso que haya dejado de quererte un solo día. Estoy contigo, aunque estés lejos de mi vida, por tu felicidad, a costa de la mía; pero si ahora tienes tan sólo la mitad del gran amor que aún te tengo, puedes jurar que al que te tiene lo bendigo, quiero que seas feliz aunque no sea conmigo...